

La escritura de la mirada al/ del otro en *Huasipungo* de Jorge Icaza

Susana Cella¹

Resumen:

La novela del ecuatoriano Jorge Icaza, *Huasipungo* (1934), el intento de testimoniar la situación de los indios sometidos a servidumbre y en condiciones de deshumanización, permite reflexionar sobre la relación entre el letrado (externo, que no comparte la cosmovisión y situación del indio) y esos seres a los que intenta representar en un texto donde se denuncia la política de los sectores dominantes tendientes a un progreso cuyo costo recaerá sobre los aborígenes. Mirar al otro, escribir el resultado de esa mirada desde fuera e intentar dar cuenta de la mirada de ese otro, sintetiza una problemática vigente para el novelista ante un referente que le es ajeno, y al que sin embargo quiere mostrar —muchas veces como modo de comunicar una realidad tremenda— en el texto. Analizar el efecto de lectura de este tipo de relatos a partir de su construcción y recursos utilizados permite reflexionar sobre una cuestión que sigue siendo problemática y que por tanto sobrepasa la serie indigenista para abarcar en este sentido también textos que focalizan sobre “otros” (también excluidos o marginados del ordenamiento social).

¹ UBA-CCC.

La escritura de la mirada al/ del otro en *Huasipungo* de Jorge Icaza

Publicada en 1934, *Huasipungo*, la novela del ecuatoriano Jorge Icaza (1906-1979) se presenta como una denuncia de las condiciones de explotación a que estaban sometidos los indios en las haciendas, en condición de servidumbre. El título está constituido por la articulación de dos palabras quechuas: «huasi» (puerta) y «pungo» (casa). De hecho, es una referencia a la parcela de tierra que se les concedía a los indígenas dentro del sistema de latifundios.

La novela es uno de los exponentes más importantes de la serie denominada novela indigenista. Esto se relaciona fuertemente con un referente porque estas novelas están tratando el problema del indio, aquello que nosotros, desde otra perspectiva histórica, cultural e ideológica, llamamos «pueblos originarios». Lo que sucede es que la denominación de «indios», por un lado, viene de la época de la Conquista, cuando se hablaba de «Indias occidentales». Pese a que, luego, este territorio pasó a llamarse América, a sus primeros pobladores, sus pueblos originarios, se los siguió llamando «indios». Y este término, con el tiempo, fue adquiriendo connotaciones despectivas y racistas. A esto cabe agregar la cuestión (o “problema”) “del indio”, como si fuera una suerte de esencialidad, como si esos pueblos originarios fueran un todo homogéneo. Pero la realidad es que en América lo que existía era una gran diversidad de culturas, con distintas lenguas, distintos grados de desarrollo, distintas cosmogonías. Inclusive había diversas formas de dominación de unas sobre otras. En tal sentido, las primitivas culturas del Ecuador, para el siglo XV, habían quedado subsumidas en la expansión del imperio inca.

Los habitantes de América, tras la disputa de Ginés de Sepúlveda (acerca de si tenían o no tenían alma), habían sido considerados vasallos de la corona y se había establecido una reglamentación para su tratamiento. Una de las premisas que se pone en juego es la de evangelizarlos y convertirlos a la “verdadera fe”. Todas estas cuestiones no se pensaron desde una óptica de diversidad cultural –imposible en el imaginario de época- sino desde una religión sostenida como única verdadera que debía aceptar el resto del mundo. Luego, el subordinación se ha mantenido en base a otra premisa, que es la de civilizar al salvaje. En este caso lo que entra en juego es la dicotomía de «civilización y barbarie».

Lo que rige es la consideración de que estos pueblos son inferiores. Incluso eso se ha tratado de demostrar esta aberración «científicamente», desde la perspectiva del Positivismo y el Darwinismo Social. Se consideraba a los americanos como un pueblo enfermo. Si bien en teoría los nativos americanos habían sido declarados vasallos del rey de España, en la práctica fueron reducidos a la servidumbre. En algunos casos, incluso, hubo una apropiación de algunas instituciones que ya existían antes de la llegada de los españoles, como la encomienda: una forma de regulación del trabajo por intermedio de un capataz, al que se le adjudicaba una determinada cantidad de indios. Esta técnica y otras similares han sido establecidas para reducir a los indios a una situación de vasallaje.

Si pensamos esquemáticamente la escala social, encontraríamos a un sector dominante blanco, a los sectores más poderosos de las oligarquías nativas (generalmente aliados a intereses de potencias extranjeras), luego otros sectores que tienen que ver con la administración, una suerte de capas medias que también podrían incluir al “cholo”. Porque hay que tener en cuenta el proceso de mestizaje que justamente da por resultado esa mezcla racial de blanco e indio que es el cholo. El mestizaje racial es evidente desde el momento en que los conquistadores hacen una utilización sexual de las indias. El cholo es un mestizo que, respecto del indio, tiene una situación privilegiada; pero, a su vez, está subordinado al sector más alto de la población. Estos

cholos, por lo general, se alienan al sector más alto y, por lo tanto, también ejercen el autoritarismo y la violencia contra el indio.

En la novela, lo primero y bastante notable que se observa es la incorporación del habla de la zona. Tenemos, por un lado, la voz narrativa (en castellano) y, por otro lado, la representación de las voces de los indios y los cholos, con una serie de expresiones en lenguas nativas. El problema de la traducción es propio de la novela indigenista. Es un mundo distinto, ignorado en su íntima peculiaridad por el letrado. Se trata de un otro que no se conoce y, muchas veces, no se deja conocer, debido a su lógica desconfianza, por razones históricas, hacia el blanco. El blanco, desde la perspectiva del indio, era sospechoso. Ahí aparece no sólo el problema de la traducción en un aspecto meramente lingüístico sino también en un aspecto muchísimo más amplio, cultural.

La etimología de «traducción» sería «llevar a través de». Y la pregunta es: ¿cómo llevar a través de una forma literaria de tradición europea (la novela) y de lenguas que no son americanas todo este mundo americano?

La problemática que se presenta es cómo este letrado, desde fuera, puede plasmar ese mundo. Porque no es un indio el que está escribiendo la novela sino que es alguien que ve al indio desde afuera, que escucha su lenguaje y puede colocarlo como lenguaje representado e incorporar por ejemplo algo que le es perceptible, como el léxico (en tanto lengua mestizada, castellano hablado por los indios como medio de comunicación con los dominadores).

Huasipungo está ambientada en las primeras décadas del siglo XX, con una república conformada, donde actúan el dueño de la tierra, el funcionario del poder político y el cura. El cura, como miembro de la jerarquía eclesiástica, aparece aliado a los sectores dominantes y ejerce influencia en el imaginario, aconseja y predica a los indios la sumisión. El proceso de evangelización que se había puesto en marcha en la época de la Colonia ya estaba completamente asentado, la Iglesia se podía valer de ciertas ideas, como suscitar el temor al infierno en los indios, promover miedos, alentar supersticiones. En la primera Constitución del Ecuador, en el artículo 68, se lee: “Este Congreso Constituyente nombra a los venerables curas párrocos por tutores y padres naturales de los indígenas, excitando su ministerio de caridad a favor de esta clase inocente, abyecta y miserable”. “Inocente, abyecta y miserable” son tres términos que dan cuenta de una ideología y se pueden tomar como posibles visiones del indio. Lo de «inocente» puede vincularse con cierta visión del «buen salvaje» que animó a la novela indianista (de cuño romántico). En cuanto a “miserable», podríamos decir que esto es una consecuencia lógica cuando a alguien se lo despoja de todo lo que tiene. Necesariamente terminará siendo miserable. La cuestión del despojo es muy importante en *Huasipungo*, aparece como motor de la narración.

El llamado “problema del indio” tiene que ver con qué hacer con esa población que aparece, por un lado, como mano de obra gratis y, por el otro, como un obstáculo a la continuidad del progreso según los intereses de las élites dominantes. En muchos casos, la solución pasa por la eliminación de la cultura no dominante. En *Huasipungo* está la doble inflexión: aprovechar el trabajo servil y luego la eliminación. La novela arranca con el tema de la moral y del honor en tanto el personaje Pereira, un señor de clase alta, afronta un problema relacionado con el honor de la mujer y por ende, familiar. Las jóvenes, para ser dignas de un casamiento con alguien en paridad, debían ser puras y mantener su virtud. Su hija, al haber tenido una relación sexual prematrimonial, quedaba como excluida de esa posibilidad. La hija no sólo había tenido relaciones con un cholo (alguien de una clase inferior) sino que además eso era inocultable porque había quedado embarazada. Ahí viene la cuestión de desplegar una

táctica para ocultar esa vergüenza que se extendía como una deshonra para toda la familia. Esta táctica va a dinamizar la acción novelesca porque la familia se va a trasladar de Quito a la hacienda y eso se enlaza con la cuestión económica del proyecto que hay para ese latifundio y que solucionaría el otro problema de Pereira que es su bancarrota. En la estructura novelística, el planteo que va a desarrollarse en un *in crescendo* de violencia está dado desde el comienzo. El protagonista se encuentra con el tío y le habla de la explotación de la hacienda. Acá va a estar la propuesta del negocio, que ya marca cómo es el plan que se traza, que involucra a los indios como mano de obra gratis. Pero allí también plantea la otra cuestión, que es la intervención del capital extranjero en la figura de Mr. Chapy definido como «un gringo de esos que mueven el mundo con un dedo». Las alusiones positivas hacia los gringos surgen cuando se dice que saben hacer las cosas, que tienen maquinarias, que tienen el capital, etc. Sería la alianza entre la oligarquía ecuatoriana y los sectores extranjeros, que se presenta como una suerte de salvación para esta clase social.

Las reformas que le propone no sólo tienen que ver con la explotación maderera sino que aparece otra riqueza muy importante que llevará a valorizar las tierras. Esas tierras habría que acopiárselas porque allí habría petróleo. Esto significa realizar una serie de modernizaciones. Del ferrocarril (en el que viajan a la hacienda) a la necesidad de la carretera, a la ruta para automóviles. Uno puede observar cómo se van incluyendo distintos tipos de lenguajes, que permiten la mostración directa de los personajes en cuanto a su imaginario, su modo de expresarse, su ideología, etc. En general puede decirse que el mundo de los blancos está marcado por alusiones grotescas que muestran su doble moral. Por otra parte, mediante la incorporación de las voces de los cholos y de los indios el quechua se inmiscuye y penetra en el idioma castellano, por ejemplo, en las terminaciones en “u”, como “patroncitu”.

Los indios aparecen tensados entre dos extremos: la sumisión y la rebelión, y aparece un elemento relacionado con la organización o no de la rebelión, que es la presencia de una figura líder. En este caso es el indio Andrés Chilliquinga. En *Huasipungo* hay una zona que podríamos denominar lírica, y que tiene que ver con la presencia de la voz en una suerte de oración o de lamento de Andrés. Ese lenguaje tomado de los indios no sería meramente una reproducción sino que está elaborado poéticamente. En varias partes de la novela la voz de los indios aparece como una retahíla, con marcas gráficas de diálogo, pero no son diálogos como en el caso de los blancos. Aparecen, en cambio, como formas corales, en cuya brevedad se va acumulando la percepción de los indios ante las distintas situaciones. Esta percepción, dependiendo del caso, puede ser esperanzada (creyendo en las promesas de los blancos) o todo lo contrario (lamentos desesperados) y aun formas de razonar marcadas por pautas también instigadas por los blancos (necesidad de una misa para aplacar a Dios que les ha enviado el castigo de la inundación).

El hambre es uno de los grandes ejes temáticos de la novela, que va a precipitar esa acción terrible de comerse esa vaca que había sido enterrada porque estaba podrida. Ahí se exagera este elemento de la podredumbre, que se asocia a lo sucio, lo enfermo, las múltiples heridas sufridas por los indios en una elaboración literaria que no ancla en las convenciones del embellecimiento.

La secuencia sigue con que hay que empezar las obras y hay que trabajar para abrir la carretera. Básicamente el planteo inicial del proyecto resume el desarrollo de la novela y aun las consecuencias de llevarlo a cabo a toda costa. Así por ejemplo en el desecamiento del pantano, que es uno de los trabajos más fuertes, con accidentes, enfermedades, heridas y muertes. Es el cuerpo del indio sometido a todos los rigores, de las temperaturas, de las enfermedades, de los castigos diversos.

Algunos de los calificativos que se le ponen a los indios: ignorancia, amor ciego y morboso, etc. va a estar permanentemente presente en la novela, tanto en las conversaciones de los sectores más altos, como en las de los cholos que, si bien son sirvientes de los blancos, están en un estrato superior al de los indios. Y algo que aparece continuamente y está relacionado con esto es la humillación, porque estas cosas no sólo las dicen cuando hablan entre ellos sino también cuando se dirigen a los indios. Se les dice: «indio bruto^o», «indio ignorante», etc. Y donde más marcado aparece esto es en los capataces, que son los que estarían más cercanos racialmente a los indios. Por otro lado hay una suerte de apropiación de los indios que los blancos llevan a cabo mediante el sistema de endeudamiento permanente. Los indios siempre están debiendo dinero, desde que se les presta la tierra. Esa deuda, que es hereditaria y nunca se puede saldar, es lo que hace que el indio quede obligado al blanco. A partir de esto la novela va a ir avanzando. Concretado el trato, el avance de la historia se produce por el desplazamiento de la familia Pereira desde la ciudad de Quito hasta la hacienda. En este punto el narrador –una tercera persona que en general asume un punto de vista en todo caso múltiple respecto de los blancos- no deja de hacer comentarios respecto de personajes femeninos como la esposa de Don Alfonso, que se llama Blanca Echeñique de Pereira y es conocida como Doña Blanquita. El sistema de Icaza para presentar a los personajes consiste en nombrarlos e inmediatamente hacer una descripción que los caracteriza. En el caso de Doña Blanquita hay varias alusiones a su gordura.

Ya avanzada la novela, hay un momento en el que Don Alfonso está excitado sexualmente y, cuando se va a acostar, ve a su esposa como un montón de carne y la compara con un jamón. Ella siempre es presentada como una mujer de aspecto desagradable, que no despierta deseo, e incluso se dice que «su marido la atiende poco». A partir de ahí comienza un comentario irónico, en el que se dice que Doña Blanquita, debido a los problemas que afronta la familia, va a tener que dejar sus joyas, sus reuniones sociales y sus devociones en la iglesia (las que incluyen relaciones con otro cura de la ciudad). Doña Blanquita es presentada como una dama devota y religiosa. Y ahí hay un párrafo donde se dice que ella iba a extrañar la iglesia y el incienso, pero que iba a extrañar también al cura. Esta referencia a la confesión cristiana, en realidad, es una alusión irónica que da a entender que ella mantenía relaciones sexuales con el cura. Dice: «Se sentía arrastrada por un deseo de confidencia, por un rubor diabólico y místico a la vez, impulsos que le obligaban a esperar en el umbral de la sacristía el consejo cariñoso del padre Casegui, su confesor». Esto nos sirve para ilustrar el lenguaje del narrador, que introduce esta serie de comentarios en la presentación de los blancos, que los hacen aparecer como seres bastante grotescos, incluso en su apariencia física. En esa misma línea va la descripción de Don Alfonso Pereira como un hombre regordete, etc. En líneas generales todos estos personajes aparecen como seres desagradables. Los indios, por su parte, no aparecen idealizados como el «buen salvaje». En la prosecución de las distintas catástrofes que se van dando vemos cómo esto se va haciendo cada vez más fuerte, hasta terminar en la destrucción de los huasipungos. En esta prosecución de hechos que se van agravando se plantan algunas escenas bastante fuertes, como por ejemplo la violación de Cunshi, que es un personaje en el que se encarna un grado de violencia y de victimización muy fuerte.

En la hacienda, el cura aparece directamente como cómplice del proyecto de los blancos. Cuando se hace esa especie de contrato con Alfonso Pereira el cura se ofrece para convencerlos y, a lo largo de la novela, se ve cómo las prédicas de ese cura van a incrementar los temores y las supersticiones de los indios. Amenaza con el infierno a los que no se sometan y les promete la salvación del alma a los que sí lo hagan. Y ahí se ve que también está involucrado el dinero, porque no sólo los hace rezar sino que también los obliga a pagar por la

misa. El caso más dramático va a ser el de Andrés Chilliquinga, cuando lo convence de que tiene que pagar más por la sepultura de su esposa para que ella vaya al cielo.

Esta ignorancia del indio tiene que ver con el hecho de que el blanco le está imponiendo una serie de pautas culturales que él no llega a comprender. Como la idea es que el indio se mantenga en la ignorancia, la superstición y el temor esta situación no se trata de revertir sino que, por el contrario, se refuerza mediante el alcohol, a los indios se les suministran bebidas alcohólicas para mantenerlos atontados y hacerlos trabajar aun enfermos.

Icaza no ahorra esas imágenes fuertes para producir rechazo, donde abundan los excrementos, las alimañas, la escena de la hambruna, cuando los indios desentierran y se comen a un buey que estaba podrido. Esa carne podrida va a ser justamente la que va a provocar la muerte de la Cunshi. Pero antes de esto el cuerpo de ella sufrió una serie de marcas que tienen que ver con la violencia que ejerce sobre ella su marido (que la ama) y con su trabajo como nodriza, la violación y luego la intoxicación mortal por comer carne podrida.

En el proceso de deshumanización se les quita cualquier posibilidad de elaboración de pensamientos o de cubrir sus necesidades más básicas. La obligación de trabajar aun enfermos es otro tópico muy concurrido, porque era muy frecuente que los indios, al ser sometidos a un trabajo agotador sin tener cubiertas las necesidades básicas, terminaran contrayendo enfermedades o infecciones.

La cuestión del trabajo va a tener una serie de consecuencias negativas y se cuentan detalladamente las muertes de los indios. Cuando muere uno de los indios se empieza a hablar de la circulación de enfermedades, como el soroche y el paludismo. En un momento entonces un capataz llamado Rodríguez informa que: «Sólo un longo –que es una manera de nombrar a los indios- ha amanecido tieso como mortecina, como pájaro acurrucado».

También hay ciertas alusiones ideológicas cuando Don Alfonso traba la alianza con el cura. Allí hay un pequeño párrafo, donde se dice que hay una tolerancia liberal por parte de Don Alfonso y una comprensión cristiana por parte del cura. Se produce entonces un conflicto entre una postura de tipo liberal (que tiende al progreso) y la barbarie que representan estos salvajes del territorio americano, a los cuales se los domestica o se los extermina. En la novela se hacen las dos cosas. Pero lo más interesante es que para formar esta alianza se dejan de lado todas las diferencias que hay entre la «tolerancia liberal» y la «comprensión cristiana». Son dos ideologías dominantes que se están aliando.

La construcción de la carretera significa un gran logro para Don Alfonso. Y acá se evidencia otra forma discursiva que se relaciona con la expresión alambicada y grandilocuente del cura. Don Alfonso le manda una carta al tío Julio para contarle que ha logrado construir la carretera y dice: «El porvenir nacional, en cuanto significa un método seguro de acrecentar riquezas hasta ahora inexploradas en la selva del oriente y sus regiones subtropicales, como la de Tomachi, ha dado un paso decisivo en el progreso». Vean cómo aparece marcada la cuestión del porvenir y del progreso asociados a la civilización, por lo cual este estadio semifeudal que representan los huasipungos debe ser arrasado. Luego continúa: «Por lo que sabemos hasta ahora parece que los miembros de las sociedades colonizadoras buscan con toda razón zonas adecuadas para su establecimiento, zonas con caminos transitables, extensión, suficientes tierras explotables», etc. Porque la carretera obviamente no la van a usufructuar los indios. Sigue: «Si vamos a pretender que los colonizadores, por el hecho de ser extranjeros, han de venir y penetrar inmediatamente a la mitad de la selva, desposeída de todo auxilio humano, para hacer milagros, persistiremos en un grave daño. Hay que dar a la expansión del capital extranjero todas las comodidades que requieren. Aquí no exige la

inversión de la plusvalía en la acumulación capitalista de las naciones patronas. En el caso actual ya podrán tener ancho panorama de acción todos los hombres civilizados».

Todos los tópicos de la civilización que se asocian al aplastamiento de las culturas aborígenes los encontramos en esta comunicación de Don Alfonso al tío Julio. Y la carta termina citando una crítica que se le ha hecho, respecto de que eso se parecía al comercio del opio en China, que fue una empresa colonizadora por parte de los ingleses. Y se defiende de esa acusación diciendo: «Vil calumnia, afirmamos nosotros. Nosotros, que siempre hemos estado por la justicia, por la democracia, por la libertad». Estos son los principios formales que se esgrimen como ideología. Pero si contrastamos estas palabras con los hechos de la novela vemos que justamente todo eso es lo que no hay. Son todas frases huecas que aparecen en los discursos patronales y religiosos.

En las escenas corales de los indios no se dicen los nombres de los que hablan y sólo en alguna ocasión se menciona a algún huasipunguero. Andrés aparece con una cierta dimensión épica, en el sentido de que hace esta rebelión. Pero no se trata de una rebelión organizada sino de un grito de desesperación. Por eso la presencia de interjecciones, exclamaciones, gritos y frases cortadas. Toda esta zona discursiva de la novela es como la emergencia de una voz que no puede sino salir de ese modo, no puede articularse en un discurso más estructurado. Por otro lado en el grito y la exclamación también está comprometida la corporalidad, ligada en este caso al intento de emisión de una palabra. Y todo eso se hace significativo en esa frase final: «¡Ñucanchic Huasipungo!» (El huasipungo es nuestro).